

Sobre la llamada inmigración “Política” Española*

Carlos Esplá

El problema de la inmigración española —al que tan inteligente atención presta esta revista técnica— ofreció, a partir del término de la guerra de España aspectos de pura calidad moral. Intervenían en él, como términos de una ecuación de valores espirituales, la hidalguía del Presidente y del pueblo mexicano, y la gratitud de los españoles acogidos a su generosa hospitalidad.

Me refiero, naturalmente, a la inmigración política española. Política, no por la condición de los inmigrantes, sino por el origen de la inmigración. No se trata, en efecto, de la arribada forzosa a tierras mexicanas de un cierto número de políticos, sino de la hospitalidad ofrecida a una masa de intelectuales, profesores, escritores, ingenieros, médicos, obreros especializados, directores de empresas, funcionarios, técnicos, estudiantes, militares diplomados, agricultores, etc., que, por haber servido lealmente a la República española o por haber desempeñado (en virtud de su competencia) cargos de responsabilidad en la Administración republicana, se han visto forzados a expatriarse al terminar nuestra guerra.

El Presidente Cárdenas afrontó el problema con genial intuición histórica. Sin su generosa iniciativa, la España culta, liberal, progresiva, hubiera quedado dispersa y triturada, a falta del gesto de solidaridad aconsejado en los pueblos libres de América, por el interés mutuo, la identidad del pasado y los anhelos del destino común.

Sostenía Don Miguel de Unamuno que las guerras de independencia de los pueblos de América fueron guerras civiles; luchas de españoles o hijos de españoles, unidos a los autóctonos, levantados heroicamente en armas para quebrar el dominio de

* Artículo inédito de Carlos Esplá conservado en su archivo personal ¿1948?

un régimen despótico. ¿Y qué ha sido nuestra guerra reciente, sino una lucha por nuestra independencia y nuestra libertad?

A través del tiempo, los libertadores —vencidos— de la España actual, unen su destino glorioso al de los libertadores —victoriosos— de la América española de ayer. La solidaridad histórica aconsejaba la solidaridad política. Pero ningún otro hombre como el Presidente Cárdenas, ningún otro gobernante como él llamado a seguir su obra, ningún otro pueblo como el mexicano, oyeron tan claramente la voz imperativa de la solidaridad hispánica.

Estos factores morales de nuestro problema han de convertirse ya, en factores de valor material, de conveniencia mutua. La hospitalidad hidalga y la gratitud no constituyen, sin embargo, solución práctica al problema real de la incorporación de varios miles de españoles a la vida social, económica y cultural de México. Sirve, únicamente, para plantearlo en un plano de cordialidad. Pero, una vez planteado, se hace preciso abordarlo seriamente en busca de soluciones prácticas.

Conviene, en este punto, desvanecer cierto recelo que, en otros países americanos, no en México, ha despertado la inmigración de origen político. Se cree, infundadamente, que el asilado político es un elemento de difícil asimilación al país que lo recibe, por contraste con el inmigrante económico, que vino atraído por su afán de aventura, de trabajo y de enriquecimiento y que queda sólidamente anclado en la tierra que le permitió realizar sus ambiciones. En cierta forma, se considera al emigrado político como un hombre asomado melancólicamente a su pasado, o lo que es lo mismo: un fracasado; mientras que el emigrado económico parece un hombre lanzado bravamente al porvenir, con una apetencia magnífica de actividad y de creación, con formidables promesas de riquezas inexploradas. Ocurre, sin embargo, todo lo contrario. El emigrado político no es, personalmente, un fracasado, aunque su causa política o patriótica haya sido momentáneamente vencida. En cambio, el emigrado económico es, salvo excepciones, el hombre que en su patria no supo o no pudo —acaso por la hostilidad o la pobreza del medio— labrarse el porvenir, realizar las ambiciones que fueron el impulso secreto de su emigración. Si a alguno de los dos hay que considerar fracasado en su patria, no es, precisamente, al primero.

El emigrado político es, por lo general, un hombre destacado —y en este sentido triunfante— en su patria, donde creó cultura y riqueza. Todo lo que se vio forzado a abandonar, por motivos absolutamente ajenos a su propia condición personal, sirve de testimonio de su éxito pasado y constituye la prenda de una fuerte decisión

de triunfo en su nueva vida. El taller del obrero, el laboratorio del investigador, la biblioteca del profesor, la empresa floreciente del hombre de negocios, todo, en fin, lo que cada uno deja en su patria, momentáneamente hostil, constituye la promesa cierta de un nuevo taller, de un nuevo laboratorio, de otra biblioteca, de más empresas en la patria de adopción.

El “capital humano” —empleando la justa expresión del Ldo. García Téllez— representado por la inmigración de tipo originariamente político suele ser superior, acusa en la mayoría de los casos un índice más elevado en la escala de los valores intrínsecos, que el “capital humano” representado por la inmigración de tipo exclusivamente económico.

Y aún conviene añadir lo siguiente: el asilado político español ofrece al país que lo acoge —en este caso México— una garantía de asimilación nacional que ningún otro puede superar. Me refiero a su “patriotismo”. Insistamos: “patriotismo” mexicano, sentimiento nacional mexicano. El español republicano no podría, en efecto, fundirse en un pueblo de lengua e ideales diferentes a los suyos. En México, por el contrario, se considera identificado con su propia causa nacional, no sólo por gratitud, sino por afinidades sentimentales e ideológicas a las cuales sabe que debe su propia libertad presente y hasta su misma vida. De ahí su “patriotismo”, su sentimiento nacional mexicano.

No cuenta, por otra parte, el republicano español, con el amparo de las Cancillerías. Sabe que su única protección está en el pueblo mexicano y en su propia conducta para merecerla. Tampoco ha de sentirse inclinado a intervenir en la política interior de México. Si alguno sintiera esa tentación, seríamos los españoles los primeros en condenarlo, pues su preocupación política queda exclusivamente ligada a la patria desventurada. No representa tampoco una inmigración golondrina o pasajera, que espera el retorno a su patria cuando desaparezca el motivo de su expatriación, sin haber aportado ninguna obra sólida, ninguna creación, ningún progreso al país que le abrió los brazos. No. Porque la técnica, la cultura, la lenta y costosa preparación de los profesionales, la aportación toda de los asilados políticos constituye una contribución sólida y durable; representa una gran riqueza que queda definitivamente incorporada al patrimonio mexicano.

La selección de una clase rectora, la formación de una “élite” intelectual, la preparación de un número considerable de técnicos y especialistas, de unos cuantos hombres “fuera de serie” destacados en las Ciencias, como abundan entre los asila-

dos políticos españoles —con independencia de su personalidad política, que es exclusivamente la que han perdido al perderse el régimen en el cual brillaron— representa un esfuerzo enorme de estudio, de tiempo, de dinero, una acumulación fantástica de capital y de espíritu. Todo ello cifra una riqueza nueva y espléndida que constituye justo premio a la hospitalidad mexicana.

Puede decirse, pues, que, en ese trabajo humano, México gana tanto como España pierde. Y lo que España pierde lo valoran los mismos españoles que arrojaron de la patria común a quienes hoy son en México asilados políticos. Léase, si no, el artículo que el periódico falangista español *Faro* ha publicado con el título “Presencia en América de la España peregrina”. Artículo dedicado a la “raza maldita”, a los “rojos” a quienes Dios ha quitado el sosiego *pero la inteligencia que conservan más despierta y sensible por el dolor*; a los hombres que encontrarán *en palabras y acentos profundos, aunque resentidos, acaso fórmulas admirables de universal valor* y que *con el vigor que les da su situación desesperada, se entregan ya a la tarea creadora, derramando su obra intelectual por todos los pueblos de nuestra habla...* Estos son los asilados políticos vistos por sus propios enemigos. Quienes los desterraron de España, hablan de fundar sobre el vacío de la inteligencia proscrita, un triste imperio. Pero el imperio fuerte y soberbio, imperio del espíritu, lo crea, en realidad, el pueblo de México que ofrece hogar, reposo y libertad a los hombres que prosiguen —sin dejarse vencer por la amargura de la expatriación, pues México les brinda amor de patria vieja—, su obra creadora.